

LA CONTRIBUCIÓN DE LA PRÁCTICA ARTÍSTICA EN LOS PROCESOS DE RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA Y EN LA APROPIACIÓN DEL TERRITORIO. DOS ESTUDIOS DE CASO DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN, COLOMBIA.

Karen Andrea Vásquez Puerta

Maestría en Historia y Memoria. UNLP

Calle 40 N 707 CP 1900

Corporación Cultural Nuestra Gente (Colombia)

karenvasquezpuerta@gmail.com

Resumen:

El propósito de esta contribución es socializar las experiencias de trabajo de dos organizaciones ubicadas en la periferia norte de la ciudad de Medellín, Colombia -Corporación Cultural Nuestra Gente y Museo Cementerio San Pedro- como dos referentes que han logrado articular la práctica artística a procesos de recuperación de la memoria de los habitantes de los barrios de influencia. Este trabajo presenta un primer acercamiento al análisis de estas experiencias a partir de la relación que establece el habitante con el territorio durante y después de su participación en las actividades artísticas y cómo esto contribuye a abordar y elaborar procesos de recuperación de la memoria traumática y no traumática a través de distintas acciones formativas en las cuales el arte es el núcleo disparador.

Palabras Clave: territorio periférico, proceso de creación artística, memoria, lugar.

Contexto

Para Medellín los años finales de la década del 80' significaron un momento atroz, caracterizado por una violencia criminal que marcaría el antes y el después de la ciudad. Se iniciará la década con fuertes problemas de desempleo, lo que conllevó a un aumento de los niveles de pobreza y marginalidad, dándose a su vez una nueva ola de desplazamiento que, -a diferencia de la que se dio en los años 50' y 60', específicamente del campo hacia la ciudad – tiene una dimensión urbana, es decir, los habitantes ya instalados en la ciudad tuvieron que desplazarse desde otras zonas hacia la periferia del norte.

En estas circunstancias, tanto para lo *nuevos* como para los anteriores *moradores*, la inclusión en las dinámicas de la ciudad fue limitada, los niveles de pobreza eran altos y el acceso a oportunidades laborales, educativas, a servicios de salud o bienes culturales no se satisfacía. En palabras de la profesora Uribe “La cultura, la socialización de jóvenes y niños, la formación de ciudadanos modernos, la historia, el patrimonio urbano, el medio ambiente y la ética pública fueron dejados a su propia suerte y terminaron por hacer eclosión en la década del ochenta, contribuyendo a crear las condiciones para la precipitación de la crisis [...]” (1994:13).

Sumado a ello, se presentó una agudización del problema del narcotráfico asociado a la emergencia de varias bandas criminales y el aumento considerable de acciones violentas a través del sicariato. Esto generó un fuerte estigma sobre la ciudad, especialmente sobre la Zona Nororiental¹, en la cual se encuentran ubicados los casos de estudio de este trabajo, específicamente en la Comuna 2 y 4.

Dicha zona ha sido reconocida como una de las más desatendidas por parte del gobierno municipal y altamente estigmatizada dadas las condiciones particulares de su poblamiento, además por haber albergado varios prostíbulos de la ciudad en las décadas del 60 y los 70. A esto se suma el recrudescimiento de la violencia provocada generalmente por el narcotráfico de los finales de los 80' y principios de los años 90', momento en el que la ciudad era catalogada como la más violenta del continente.

Una *cultura de la violencia o lógica mafiosa* generada por el narcotráfico se vinculó a la vida de la

ciudad, esto favoreció el surgimiento de unas nuevas formas de relacionarse entre vecinos y de estos con el territorio.

Es decir, el barrio como territorio común se convirtió en un campo de batalla que incluía *fronteras*, que para los moradores eran *invisibles* pero para quienes se disputaban el territorio eran visibles, inviolables y conquistables: el morador pasó de ser vecino a convertirse en amigo o enemigo.

Las disputas por el control del territorio no sólo se daban entre las bandas delincuenciales asociadas al narcotráfico, sino también entre grupos militantes de partidos políticos, cuadros guerrilleros pertenecientes a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) o el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y los grupos de autodefensas urbanas, conocidos como *milicianos*.

La ciudad de Medellín y específicamente la Zona Nororiental, aún recordada y reconocida por la oleada de violencia de los años 80' y 90', con estigmas tan arraigados y legitimados como Pablo Escobar, la producción y el tráfico de drogas y el cartel de Medellín, es el escenario en el que aparecen los dos casos a exponer aquí, la Corporación Cultural Nuestra Gente y el Cementerio San Pedro, hoy Museo.

LA CORPORACIÓN CULTURAL NUESTRA GENTE, un lugar para la vida.

La Corporación Cultural Nuestra Gente es una organización de carácter cultural y comunitario, con un componente original en teatro, cuyo objetivo principal ha sido recuperar el espacio público y la confianza entre los habitantes de la Comuna 2 de la Zona Nororiental a través del arte y la cultura.

Durante 25 años Nuestra Gente ha desarrollado procesos permanentes de formación y capacitación artística con niñas, niños, jóvenes, adultos y adultos mayores en teatro de calle y de sala, títeres, danza, música, literatura, fotografía, vídeo y artes plásticas.

Actualmente Nuestra Gente tiene como sede una casa que en los años 70' se encontraba por fuera del perímetro urbano y se constituyó como la zona de burdeles de la ciudad. Sobre Copinol 2 -hoy sede de Nuestra Gente-, se han tejido muchas historias y personajes, pero sobre todo hay una carga simbólica muy fuerte entre los habitantes del

barrio pues marcó a generaciones enteras como un sitio de paso prohibido para muchos, sobre todo para las niñas y los niños, prohibición que se sostuvo durante las décadas siguientes durante la agudización del conflicto del narcotráfico, dada la cantidad de grupos armados que operaban en el sector y que se disputaban este segmento del territorio, ya que es el límite de dos barrios y la división entre uno y otro no es evidente.

El conflicto armado en este sector no se fijó de manera visible en el barrio ni en la zona; es decir, no hay muestras de destrucción ni se han registrado testimonios que den cuenta de prácticas de tortura o desaparición, pues la lógica del terror era particular. A pesar de esto existen indicios evidentes de este conflicto entre los habitantes de la comuna, que se ve reflejada en las nuevas apropiaciones que se hicieron sobre el espacio, algunos barrios donde la intensidad del conflicto fue mayor fueron estigmatizados con más fuerza que otros, y dentro de los mismos barrios se vetaron caminos, calles, se estableció un toque de queda informal y se generó un proceso de identificación hacia los habitantes asociado al lugar de vivienda, donde cruzar de un barrio a otro era en si mismo un suicidio. Algunas de estas prácticas e imaginarios permanecen.

Por tal razón el equipo de Nuestra Gente ha dirigido sus acciones -desde 1987 hasta hoy- en procura de una nueva apropiación del territorio y transformarlo en *lugar*, buscando que se cargue de un sentido nuevo. Así desde 1996 se realizan actividades enfocadas desde el arte hacia la recuperación de la memoria colectiva enfocada en la historia del proceso de urbanización de la Comuna, la conformación de los barrios y las dinámicas barriales que tuvieron lugar durante los primeros 30 años.

La mayoría de estas actividades se han basado en el teatro de calle donde los vecinos -acompañados por el equipo de actores profesionales de Nuestra Gente- reconstruyen la historia del barrio y a través de la proyección de la puesta en escena se genera un proceso de identificación y reconocimiento de la historia local y personal, de las prácticas y costumbres presentes en el barrio que se reactivan en el recuerdo, generando así un sentido de pertenencia más fuerte entre sus habitantes.

Resalto la labor de Nuestra Gente porque sus acciones están dirigidas a procurar una nueva apropiación del territorio y logran que la idea sobre éste se cargue de un sentido nuevo. Buscando que las prácticas artísticas en y para la calle le den otro sentido al barrio, que los jóvenes que no vivieron este momento de violencia -y sobrevivieron- se relacionen de manera diferente con el espacio y con sus vecinos, y que los adultos que fueron jóvenes en ese momento se reintegren a las dinámicas barriales perdidas en ese momento.

MUSEO CEMENTERIO SAN PEDRO, el escenario de los asuntos de los vivos.

“El cementerio de San Pedro de Medellín, se ha convertido en un escenario más propio para los asuntos de los vivos que un remanso para el eterno descanso de los muertos. Allí es normal que la gente dé serenatas, eleve cometas, tome fotos, beba aguardiente, destape fiambres, levante novia, dispare tiros, meta vicio y pare de contar [...] Este campo santo es lo más parecido a un barrio.”²

Construido en 1842 y nombrado en 1999 como monumento nacional, este lugar cuenta la historia de Medellín como ciudad. Fue el primer cementerio privado fundado por las familias de clase alta, justamente los miembros de la elite comercial, política, económica e intelectual de la época. Para la década de los 80' el cementerio entra en una crisis financiera debido a que las elites de la ciudad ya no querían hacer uso de los servicios del cementerio por diversas razones que incluían el recrudecimiento de la violencia en la ciudad, así que por lo tanto la administración del cementerio se vio obligada a prestar el servicio funerario a familias de clase media y baja para poder mantenerse en términos financieros.

Es así como el cementerio atraviesa por un momento muy particular y es que pasa de ser el recinto de muchos de los muertos del sicariato de Medellín, tanto de los integrantes de las bandas como de algunos narcotraficantes de clase media y esto generó un cambio en las relaciones entre los habitantes de la ciudad y el cementerio que, a mediados de los 90' la administración del mismo se propuso generar estrategias para recuperar el cementerio como un espacio que podía

contribuirle a la ciudad en la reconstrucción del tejido social que estaba tan debilitado tras el conflicto del narcotráfico.

El proyecto que deseo resaltar -y que responde a la intencionalidad de la administración- son los talleres Arte Vivo, que se desarrollan desde el año 2006 ocupándose específicamente de generar procesos de recuperación de la memoria patrimonial de la ciudad a través de visitas guiadas al cementerio, además los talleres se dirigen hacia la construcción de las memorias propias de las personas que visitan el cementerio a través de talleres manuales.

En un primer momento los talleres tenían un enfoque de acompañamiento en la elaboración del duelo para las familias, poco a poco el equipo académico del museo dio un giro al proyecto y amplió los talleres a toda la comunidad buscando una mayor proyección como un espacio que contenía en si mismo la historia de la ciudad de Medellín, teniendo en cuenta además que cada uno de sus visitantes contaba con una memoria que podía ser compartida con otros y elaborada a través del arte.

Estas actividades se realizan dos veces por mes durante todo el año los días sábados y el día domingo se realiza la visita guiada al cementerio. Cada una de estas actividades vincula distintos momentos de la memoria, se pasa de la memoria individual o familiar a un reconocimiento de la experiencia del pasado inscrita en un territorio y dentro de un grupo más amplio. Todas estas actividades permiten que el cementerio, como un lugar con una carga simbólica tan fuerte y que sigue prestando sus servicios funerarios esté frecuentemente visitado por personas de todas las edades. Es un lugar de memoria que se ha resignificado como espacio de muerte y donde se movilizan las memorias, convirtiéndose en receptor de las mismas.

Conclusiones

Este trabajo parte de la idea de que ambos casos son *lugares de memoria* porque aguardan un conflicto entre memorias; permiten la construcción de un relato de la memoria colectiva ya que su presencia e impacto en la comunidad refuerza elementos de la memoria individual y en esta medida otorga características identitarias locales vinculadas a un territorio y a un destino común.

Es decir, ambos casos conservan en sí mismos la historia local y oficial de la ciudad de Medellín, pero a su vez están cargados de miles de historias personales de los habitantes. Se han proyectado como espacios para la cultura y la vida, como lugares de y para la memoria y de esta manera generan narrativas alternativas acerca del pasado a elaborar, del sentido de recordar y de las respuesta que se le han dado y se le siguen dando a la violencia.

En esta medida, en los casos presentados circula una idea de memoria que cada una de las organizaciones tiene y promueve a través de los proyectos que realiza, se apropia de ella y de esta manera arriesga un análisis que parta del vínculo entre la memoria y las expresiones artísticas como la posibilidad de generar procesos de transmisión de la de la historia local y de la memoria entre generaciones, lo que permite a su vez la construcción (o el refuerzo) de sentidos de pertenencia sobre ese territorio particular.

En estas últimas décadas dichas experiencias han permitido una reconfiguración constante sobre el territorio: grandes transformaciones políticas, económicas, culturales que definen tanto a las estructuras como a los modos de vida de la gente y sus subjetividades; por sus luchas por el *derecho a ser y ser* en y para la ciudad en condiciones de justicia, dignidad y legítima defensa del espacio vital, del lugar común, así como al reconocimiento de su *humanidad con intereses válidos, valores pertinentes y demandas legítimas*.

“[...] los sectores populares han hecho una apuesta decidida por la ciudad, por construirla con los medios que disponen y bajo las condiciones más adversas han participado y se han involucrado en la construcción de su propio destino [...]” (NARANJO, 2002:52).

Quiero llamar la atención sobre tres aspectos respecto a estos procesos: en primer lugar resalto de las organizaciones mencionadas el haber diseñado y ejecutado sus propias metodologías de trabajo y que la puesta en práctica de éstas a través de los proyectos realizados logren impactos altamente significativos en el resto de la comunidad y comunidades vecinas.

Estos procesos vinculan de manera explícita la relación entre la memoria y el arte en un ámbito comunitario de un territorio periférico, donde los habitantes más jóvenes tienen una fuerte

inquietud por la identidad colectiva y que se ha generado gracias al sentimiento de pertenencia sobre ese territorio. Esto se ve reflejado en nuevas formas de apropiación, representación, identificación con el espacio y que se ha concluido que este cambio se presenta cuando los jóvenes y adultos participan de los proyectos artísticos de ambas experiencias.

Otro aspecto es que estos abordajes artísticos no narran directamente los acontecimientos traumáticos de violencia, exclusión y estigmatización que han vivido como comunidad y que han estado silenciadas, sino que a través de las metodologías que utilizan en los proyectos artísticos, proyectan los acontecimientos que han generado huella en las trayectorias de vida de los habitantes.

Estas experiencias reivindican el rol y la importancia de ampliar el espectro de la historia reciente en lo que se refiere a los trabajos de la memoria, valorar aportes de trabajo sobre la misma que no se reducen a los de las memorias traumáticas de la ciudad, discurso que comienza a tomar mucha fuerza y legitimidad y a su vez amenaza con convertirse en un discurso imperante, donde lo que esté por fuera de la dialéctica víctima/victimario no tiene lugar y difícilmente es reconocida como memoria. En palabras de E. Schindel, “[...]este tipo de experiencias vinculadas al arte y a la memoria, permiten seguir plasmando y movilizándolo la historia que sigue construyéndose, es una memoria alerta y constante que se construye desde una experiencia sensible y cotidiana con del recuerdo”. (SCHINDEL, 2002:28).

Por último, el interés sobre estos procesos radica principalmente en que su proyección convierte al centro cultural, al cementerio y a sus integrantes en agentes de la memoria, su deseo principal está en recuperar la memoria de la comunidad asociada a conocer sus procesos de poblamiento, sus modos de vida, en la búsqueda de la comprensión del sentido, de la identidad, de las múltiples representaciones que se tienen sobre el territorio y de los sueños de futuro. Asimismo, los proyectos están basados en diversos componentes que incluyen actividades académicas y artísticas, que a su vez procuran que el proceso en sí mismo sea formativo, tanto para las personas que participan de él como para quienes se convierten en espectadores.

Como parte de este ejercicio de reflexión, comparto la visión de la profesora mexicana Alicia Lindón, quien afirma que “[...] la construcción social del territorio es realizada por los

habitantes locales con las concepciones del mundo, las ideas, las imágenes que tenían cuando llegaron al lugar, pero que también se siguen reconstruyendo a partir de la interacción de unos y otros. En ese proceso siempre en curso por las cuales las ideas, los sentidos, se van entremezclando para construir un conocimiento compartido, una concepción del mundo que no es propiedad exclusiva de un individuo sino de un colectivo [...] Este conocimiento colectivo incluye formas de concebir la vida, el trabajo, la familia, el futuro o el pasado, formas de concebirse a sí mismo (identidad) y también incluye referentes territoriales, formas de identificar el territorio, de apropiarse de él, o expresiones de rechazo hacia el propio territorio habitado.” (2002:32)

NOTAS

1 La escala territorial de la ciudad de Medellín está organizada en 6 zonas, 16 comunas y 249 barrios oficiales; las zonas están conformadas por comunas y estas corresponden a un conjunto de barrios que se identifican con nombre y número.

2 Extraído de la crónica Cementerio de San Pedro: Un mundo de historias, soledad y animales. En: www.soyperiodista.com

BIBLIOGRAFÍA

- CEBALLOS, R. (2000) “Violencia reciente en Medellín. Una aproximación a los actores.” *Bulletin de l'Institut français d'études andines*. (Perú) Tomo 29 N°3.

Se puede consultar en: [http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/29\(3\)/381.pdf](http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/29(3)/381.pdf)

– LINDÓN, AI. (2002). “La construcción social del territorio y los modos de vida en la periferia metropolitana” en: *Territorios* (Bogotá) N° 7.

– NARANJO, G. PERALTA J., HURTADO D. “Experiencias de ciudadanía en las fronteras de la ciudad. Hacia una gramática moral de la política” en: *Territorios* (Bogotá) N° 7.

- SCHINDEL, E. (2002) “*Cómo la historia marca el espacio urbano. Las ciudades y el olvido*” en: *Revista Puentes de la Memoria* (Buenos Aires) N° 7
- URIBE, T. (1994). “Medellín: diagnóstico y situación actual”, citado por NARANJO, G. PERALTA J., HURTADO D. (2001). “Procesos de Urbanización y formación de ciudadanía. La 'ciudad informal' entra y sale de la 'ciudad formal'”, en *Territorios*, N° 6.